

rezar el Oficio parvo de Nuestra Señora, y cada año por la Pascua les dan algunos días de ejercicios. Al salir de la clase estos buenos religiosos acompañan los niños á sus casas, ordenados de dos en dos, con lo cual se evita el desórden y alboroto, y los accidentes que podrian ocurrir entre tantos chiquillos abandonados á sí mismos. Esta religion se halla muy extendida por Italia y España, y en todas partes Dios bendice sus trabajos proporcionándoles en la tierra amplios consuelos, mientras en el cielo les prepara una corona la mas brillante.

Si José de Calasanz por un lado aseguraba á los niños el precioso beneficio de una cristiana educacion, por otro el bienaventurado Pedro Fournier completaba la obra de la Providencia creando otro instituto análogo para niñas. Este santo clérigo, cuya memoria se bendice aun en Francia, nació el día 30 noviembre de 1564, en Mirecourt, pequeña ciudad de la Lorena. Inocente en su juventud, aprovechado en sus estudios, apenas promovido al sacerdocio, fué nombrado párroco de un villorrio cercano al pueblo de su nacimiento, llamado Mattaincourt, cuya poblacion, por efecto del comercio que hacia con Ginebra en lanas, paños y encajes, por su opulencia y consiguiente lujo, por su libertinaje y espíritu de irreligion estaba desacreditada en todo el país, llamándosela con harto motivo *la pequeña Ginebra*. Tal era el campo que se daba á barbechar y fertilizar al nuevo cura. Lleno de confianza en Dios, pone sin dilacion manos á la obra: á fuerza de oraciones y lágrimas vertidas al pié de su Crucifijo, de paternales instrucciones, de muestras de afecto, de heróicos ejemplos de abnegacion y virtud, logra enternecer los corazones; bien pronto la parroquia en masa se conmueve y cambia de faz, de tal manera que las virtudes de los prístinos tiempos parecen reunirse en ella: celo por la palabra de Dios, asistencia á los oficios, frecuentacion asidua y fervorosa de los Sacramentos, pureza de costumbres, paz en las familias, hospitalidad con los extranjeros, generosidad hácia los pobres, caridad entre vecinos dispuestos siempre á socorrerse unos á otros, y santa emulacion en distinguirse cada cual por su conducta ejemplar y cristiana. En suma, el cambio es tan general y patente, que las personas de bien que antes huian de Mattaincourt como de una piedra de escándalo, vuelven al pueblo para no dejarlo mas, y ser testigos oculares del maravilloso espectáculo que ofrece su repentino tránsito de muerte á vida, y oír la voz del pastor de un rebaño tan feliz⁴.

Sin embargo, el celo es como el fuego, que necesita siempre nuevo pábulo. No quedando satisfecho aun el de este siervo de Dios, sin cesar buscaba ocasiones de hacer bien y de salvar almas, y Dios, que ve las disposiciones del corazón, satisfizo al buen sacerdote inspirán-

⁴ *Vida del Bienaventurado*, pág. 38.

dole que fundara una Orden consagrada especialmente á la enseñanza de niñas. Por mucho tiempo este proyecto fué madurado al pié de los altares, no perdonándose toda clase de maceraciones y buenas obras, ya al objeto de conocer abiertamente la voluntad de Dios, ya al de reunir elementos para la nueva congregacion; y por fin, hallando el jóven sacerdote en su parroquia algunas doncellas desengañadas del mundo á consecuencia de sus instrucciones, tuvo la dicha de que acogieran perfectamente su plan y lo secundasen desde luego poniéndose á visitar enfermos, socorrer necesitados, dar lecciones á las niñas, hasta formar paulatinamente una escuela segun las miras del santo director.

Por la fiesta de Navidad del año 1597 obtuvieron permiso de romper solemne y enteramente con el mundo, y así despues de abandonar lo mas precioso que tenian en joyas y objetos de lujo para costear la obra de un nuevo tabernáculo, presentáronse en la misa de media noche con vestidos negros sumamente sencillos y ordinarios, y el Niño divino descendido del cielo á su corazón por medio de la Comunión sacrosanta fué sello y prenda del don que ellas por su lado le hicieron de sí mismas. Por este hecho la congregacion de Nuestra Señora ha mirado siempre la noche de Navidad como data de su origen, á María santísima como Madre, y el santo pesebré del Señor como cuna⁴.

Aunque agitada por las tormentas, la reciente planta echó hondas raíces y extendió rápidamente sus ramas tutelares. Era tal la prisa en pedir de todas partes religiosas de ese instituto, que el venerable fundador se vió imposibilitado de satisfacer á las demandas. Comprenderáse esta solicitud, conociendo el objeto de la santa congregacion de Nuestra Señora, el espíritu excelente que la anima, y los inapreciables servicios que presta á la sociedad.

Á los tres votos de pobreza, castidad y obediencia agregan las religiosas de coro el de enseñanza, en estos términos: Hago voto de nunca permitir que se descuide la educacion de las niñas segun está autorizada por la Santa Sede y ordenada en nuestras constituciones. Jamás voto alguno fué mejor cumplido: fieles al espíritu de su fundador, las religiosas de Nuestra Señora tienen todas en sus casas locales separados para dar á las niñas pobres enseñanza esmerada y gratuita; y una sola casa de París, llamada de los *Pájaros*, educa á mas de doscientas. Estas educandas son externas y no tienen roce alguno con las internas, como no sea tres ó cuatro veces al año en ciertos días de fiesta y recreo, durante los cuales las segundas tienen un placer en servir las á la mesa y proporcionarles inocentes diversiones. Las mismas externas en la época de su primera comunión,

⁴ *Vida del Bienaventurado*, pág. 50.

cuando merecen que se las admita, son alojadas y mantenidas gratuitamente en la casa durante los días de su preparacion. Hay tambien obradores donde las que salen de curso puedan aprender á trabajar bajo el amparo de la Religion hasta que puedan ganarse la vida. Para completar este admirable sistema de caridad, la congregacion de Nuestra Señora adopta niñas huérfanas, á las cuales alberga, cria, instruye, mantiene y conserva hasta la edad de diez y ocho ó veinte años, concurriendo las mismas á las clases de las externas, y permaneciendo casi siempre en la casa acostumbradas á una vida frugal y laboriosa, pues importa á su felicidad que aprendan á crearse un modo de vivir seguro.

Respecto á las jóvenes que reciben como pensionistas, los esfuerzos de las religiosas de Nuestra Señora se dirigen á inspirarles una piedad sólida é ilustrada, y enseñarles á hacer amable á cuantos las rodean la práctica de la virtud, de modo que con el tiempo puedan llenar cumplidamente la mision á que fueren llamadas como hijas, como hermanas, como madres ó como esposas. Para hacer mas eficaz la piadosa influencia que algun dia hayan de ejercer en sus casas, además de la práctica de una religion bien entendida, se les da la instruccion suficiente para que sean agradables compañeras, procurándose segun esta idea que sus estudios estén al nivel de las necesidades, ó mejor, de las exigencias de la época. Gracias al excelente espíritu de la Congregacion, semejantes estudios, tan diversos y ocasionados á inspirar cierta petulancia y aficion á cosas frívolas, no han dado en tal tropiezo harto temible y harto comun en nuestros días, de manera que todas las personas que visitan la casa de París y las demás de la Enseñanza de Nuestra Señora elogian particularmente su sencillez, como si fuera un aura propia de estos preciosos asilos, la que es imposible dejar de aspirar. Las casas de la Enseñanza, al igual de las de la Visitacion, son independientes unas de otras: en el día hay hasta diez y ocho.

En esto, el bienaventurado fundador, promovido á superior general de su Orden, emprendió la visita de las casas que integraba, y en el año 1636 llegó á la ciudad de Gray en el Franco Condado, donde permaneció cuatro años edificando á todos con el ejemplo de sus virtudes, en particular con su paciencia y con el ejercicio de las funciones mas humildes del sagrado ministerio. Atacado de una calentura que agotó sus fuerzas, al conocer que iba á morir, rogó á los que le asistían que durante su agonía repitieran esta frase, pendiente siempre de sus labios: « *Habemus bonum dominum et bonam dominam*; buen dueño y buena señora tenemos. » En medio de estas disposiciones de amable confianza, durmió el sueño de los justos en octubre del año 1670, contando el septuagésimoséptimo de su edad. La ciudad de Gray conservó su corazón; pero el cuerpo fué

trasladado á su querida parroquia de Mattaincourt; y en 10 de enero de 1730 el sumo pontífice Benedicto XIII dió el decreto de beatificacion que auténticamente coloca á este siervo de Dios entre los numerosos abogados que tenemos en el cielo.

Á la par que curaba las dolencias del alma, la Iglesia atendia tambien á las enfermedades corporales, pues á todo bastaba su caridad de madre. En Italia el venerable P. Jerónimo Emiliani, Vicente de Paul del siglo XVI, consagróse al alivio de todas las miserias; y pobres, huérfanos, enfermos, pecadores y pecadoras se cobijaron bajo las alas de su caridad, habiendo fundado la Orden de religiosos *Somascos*, del nombre de la ciudad de Somasca donde fué planteada. Feliz y contento en medio de sus arduas tareas, el bondadoso fundador dió á su Orden por armas á Nuestro Señor cargado con la cruz, y por divisa estas palabras: *Mi yugo es ligero; onus meum leve* ⁴.

Tambien en España aparecia otro médico de las humanas dolencias por el estilo de los que solo la Iglesia católica tiene poder de formar, esto es, abnegados, caritativos, pacientes, no contando jamás consigo mismos, y nunca retrocediendo ante ninguna miseria por repugnante que fuere. Este nuevo portento de caridad era el venerable P. Bernardino de Obregon, fundador de los hermanos enfermeros.

Bernardino recibió una educacion cristiana, pero habiendo perdido á sus padres, entró á servir al Rey de España, en cuyo ejercicio fué perdiendo el espíritu evangélico; Dios, sin embargo, que velaba sobre esta alma privilegiada, deparóle una ocasion para atraérsela. Un día que pasaba por cierta calle de Madrid muy sucia mientras unos barrenderos la estaban limpiando, otro de ellos sin querer le salpicó de lodo el uniforme, lo cual puso tan iracundo á nuestro soldado, que se volvió contra el hombre y le dió un recio bofetón. Este infeliz, lejos de mostrar enojo, se apresuró á limpiarle las manchas, y dándole gracias por su accion, le dijo: « Nunca fui mas honrado que ahora » con vuestro bofetón, el cual recibo de muy buena gana por amor de » Jesucristo. »

Tanta moderacion dejó pasmado á Bernardino, y reflexionando sobre ella mientras seguía su camino, decia para consigo: « ¿Qué es lo » que acabo de oír? ¡Es posible que unos pobres ignorantes ganen el » cielo, al paso que yo, y los que se me parecen, viles esclavos de la » carne y de la sangre, lo perdemos miserablemente con toda nues- » tra prudencia y saber! » Convertido en aquel mismo punto, dejó la carrera de las armas para consagrarse al servicio de los enfermos, y por una de aquellas atenciones de que solo la caridad católica es capaz, mandó labrar el hospital de Santa Ana de Madrid, destinado á albergar á los pobres que salian aun delicados de los demás hospita-

⁴ Helyot, t. IV, pág. 235.

les; de suerte que, gracias á este Santo en España y á san Felipe Neri en Roma, la Europa debió el tener sus dos primeros hospicios de convalecientes.

Mucho es en verdad prestar á los enfermos la corporal asistencia que su estado requiere, pero mas es á los ojos de la fe dar á su espíritu aquellos auxilios que á veces con harta urgencia reclama: en efecto, el árbol, segun expresion del Evangelio, caerá por el lado á do se incline, y permanecerá en él; lo cual significa que conforme sea la vida será la muerte, que esta ha de decidir de nuestra eternidad, y de consiguiente que nada importa mas que morir bien. En el postrer trance es cuando el demonio redobla sus esfuerzos para perdernos, sabiendo que si el hombre fine mal ya no puede escaparle; pero tambien el divino Salvador ama sobrado las almas para no defenderlas con abinco especial; por esto no bastando á su ternura enviar al moribundo sacerdotes para consolarle, alentarle y fortalecerle, quiso establecer otra Orden religiosa que abrazara todas estas obras de misericordia, y así lo hizo con la que lleva el interesante nombre de *Hermanos agonizantes ó Padres ministrantes de los enfermos*.

El objeto de tan caritativa institucion es ejercer con el prójimo toda clase de obras de misericordia así espirituales como corporales: perennes dia y noche á la cabecera de los enfermos, estos buenos Padres no perdonan medio para mitigar las dolencias de su cuerpo, y disponer sus almas para el feliz tránsito de esta vida á la eternidad, administrándoles y aplicándoles los medicamentos, haciendo sus camas, velándoles, y en suma prestándoles todos los oficios de unos buenos y esmerados servidores. Esta tarea la aceptan por voto, además de los tres acostumbrados, así como la de asistir á los pacientes hasta su muerte aun en tiempo de contagio.

Agréguese á esa Orden la de los *Hermanos enterradores*, de que antes hablamos, y véase cuánta ha sido la solicitud en atender á los últimos momentos del hombre y al cuidado de sus restos exánimes, como si su misericordia tratara de mitigar en lo posible el rigor de su justicia que nos condena á morir á todos. Tomemos ejemplo de estos santos religiosos para, en lo que nos quepa, preparar á los enfermos una muerte preciosa delante de Dios; pero hora es ya de que demos á conocer al promovedor de esa Orden tan digna de la Religion de caridad, en cuya vida registraremos un nuevo ejemplo de la bondad de Nuestro Señor.

Débase la Orden de los hermanos Agonizantes á san Camilo de Lelis: nació en Italia en 23 de mayo de 1550. Su padre, que era militar, se esmeró poco en su educacion, pues si bien fué llevado á la escuela, redujose á aprender lectura y escritura, prefiriendo pasar el tiempo en juegos de naipes y dados. Á la edad de diez y ocho años tomó la carrera de las armas, pero apenas fué incorporado, murió su

padre, y él mismo adoleció de grave enfermedad. En esto el Señor, queriendo atraerse á Camilo, empezó á inspirarle aversion á las cosas de la tierra, cuya disposicion fué aumentando luego que por haberse puesto en contacto con algunos religiosos franciscanos, tuvo ocasion de admirar su vida humilde y sencilla. Resuelto á entrar en su Orden y á renunciar al siglo, fué á encontrar á un tio suyo que era superior de cierto convento de franciscanos, suplicándole que le admitiese; pero ora fuera por las dolencias que le aquejaban, ora porque el buen religioso hallase poco firme su vocacion, no quiso acceder. Efectivamente la época de la conversion de Camilo no habia llegado todavía.

Despues de una permanencia no muy larga en el convento, salió para Roma, con ánimo de hacerse curar una llaga que tenia en la pierna; y habiendo sido recibido en el hospital de incurables en clase de enfermero, despidiéronle á los pocos meses á causa de sus ruines costumbres, pues entre otras cosas era tal su aficion al juego, que por satisfacerla abandonaba á los enfermos y salia muchas veces del hospital.

Privado de todo humano recurso, sentó plaza otra vez al servicio de los Venecianos en el año 1569; pero concluida la guerra quedóse como los demás sin colocacion y con las manos vacías. Era por invierno; el frio apretaba; sin dinero y casi sin vestidos vióse en el mas duro trance, pero afortunadamente llamó á la portería de un convento de Capuchinos, y estos buenos Padres, que á la sazón hacian trabajar en algunas obras, le dieron generosa hospitalidad. Camilo se ofreció á servir en clase de peon esperando ganar un miserable jornal, para estar á cubierto de la necesidad y poder volver al ejército hácia la primavera; mas desgraciadamente aun no habia perdido su aficion al juego, y por el contrario, esta le arrebatava de modo, que un dia en Nápoles jugó hasta la camisa, y la perdió. Liviana era, sin embargo, esta falta para quien habia ya empezado á hacer las mas serias reflexiones, siendo al cabo tan vehemente el impulso de la gracia, que pidió y consiguió quedarse entre los Capuchinos; pero le duró poco este gusto, teniendo luego que salir por habersele renovado la llaga de la pierna. Recibido otra vez en el hospital de incurables de Roma, estuvo allí dando muestra bien distinta de sí; pues trocado enteramente ese hombre antes tan jugador, ofrecia en su conducta un modelo de arreglo, de caridad y de piedad.

En esta época concibió el proyecto de establecer una Orden para el alivio espiritual y corporal de los enfermos, logrando no sin hartas dificultades y contradicciones la aprobacion del Santo Padre. Una vez establecida, dimitió por humildad el cargo de superior de ella, á fin de poder seguir con mas abinco la via de la perfeccion, ajeno á todo negocio humano: llorar el tiempo malogrado, cuidar noche y di

á los enfermos en el grande hospicio del Espíritu Santo, y enriquecerse de méritos para la eternidad, tal fué la ocupacion constante de los últimos siete años de su vida, hasta que, lleno de buenas obras, y de confianza en aquel que dijo: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia*¹, finó en Roma el día 14 de julio de 1614².

Últimamente, para no dejar desatendido ningun infortunio, á semejanza del sol cuyos rayos llevan á todas partes el calor y la vida, la caridad católica fundó en aquel mismo tiempo una Orden especialmente consagrada á excogitar recursos para la redencion de cautivos, y sostener con sus oraciones á los generosos libertadores que cada año iban á concertar entre los infieles el rescate de los Cristianos: tales fueron las religiosas *Mercedarias* establecidas en Sevilla el año de 1568³.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido tantísimas Órdenes religiosas para el alivio de nuestras miserias espirituales y corporales: concededme gran devocion á la sagrada Eucaristía, que es la fuente de la caridad católica.

Me propongo amor á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, visitaré á los pobres, mayormente á los que estén enfermos.

¹ Matth. v, 7.

² Helyot. t. IV, pág. 263; Godescard, 14 de julio.

³ Helyot, t. III, pág. 296.

LECCION L.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XVII.)

Reseña del siglo XVII. — Juicio de Dios sobre las naciones heréticas. — La Iglesia defendida: san Francisco de Sales; Orden de la Visitacion; — propagada: misiones del Paraguay y otras; — consolada: san Vicente de Paul; hermanas de la Caridad.

Hijos de la Iglesia católica, hemos llegado ya al siglo XVII de su gloriosa fundacion. Para relataros su historia, diez y siete veces hemos debido llevar á la boca la trompa guerrera, empezando cada una de nuestras lecciones con la señal de un nuevo ataque: mas ¿cómo podía ser otra cosa? ¿no está escrito en el Libro divino que vuestra augusta madre, por su verdad y santidad inalterables, será blanco de las incesantes persecuciones del vicio y del error¹? ¿No es acaso por su corona de espinas como todos los siglos han de reconocer á la legitima Esposa del Dios del Calvario? Lejos, pues, de afligiros á causa de esta lucha eterna de la Iglesia, debeis por ella aquilatar vuestra fe y sobre todo rebosar de amor y gratitud, considerando que si sufre tanto, es para conservaros intacto el patrimonio de vuestro padre. El día que la Iglesia, infiel depositaria, hiciera paces con el error ó el vicio; el infierno habria depuesto las armas, y una paz vergonzosa, la paz de las sectas, fuera para vuestra madre la innoble recompensa de su prevaricacion. Mas, nada temais: ya visteis que hace diez y siete siglos canta con justo motivo el dulce cántico de su gloriosa fidelidad; este cántico seguirá entonándolo en los tres siglos cuya historia va á conducirnos hasta nuestra época, y despues de nosotros lo cantará de nuevo á las generaciones futuras; himno solemne que ninguna otra sociedad tiene derecho de repetir, y que por siglos sin fin resonará bajo las bóvedas de la celeste Jerusalem: *Muchas veces mis enemigos me combatieron desde mi juventud; pero no pudieron conmigo. Sobre mi espalda labraron los pecadores como en ayunque, y prolongaron su iniquidad; mas el Señor justo cortó las cervices de los pecadores*².

Por otra parte, ese glorioso destino de vuestra madre es una elocuente leccion para vosotros: guerra tambien, y guerra sin tregua, es vuestro elemento y la condicion forzosa de vuestra existencia en la

¹ Marc. xiii, 13.

² Psalm. cxxviii.